

Pensar en lo que hacemos: Hannah Arendt, arte y política

MÓNICA BENITO

En *La condición humana*, Hannah Arendt se propone “pensar en lo que hacemos.”¹ Y lo que hacemos, junto con todo lo dado en y por la naturaleza, nos hace ser seres “condicionados”. Estamos condicionados, dice Arendt, por: 1) la vida biológica; 2) por la mundanidad o mundo artificial de cosas creadas por nosotros; y 3) por la pluralidad, en la medida que somos hombres interrelacionando con otros hombres. Primero, en tanto que el hombre está condicionado por las necesidades vitales, se convierte en animal laborans, cuya actividad, la labor, tiende a la supervivencia individual y a la preservación de la especie. Segundo, en tanto que está condicionado por las mismas cosas que crea, se desempeña como homo faber, cuya actividad, el trabajo o poiesis, le permite producir un mundo artificial de cosas que trascienden su vida individual, entre las cuales las obras de arte conforman un tipo especial de objetos. Y, tercero, en tanto está condicionado a vivir con otros hombres e interactuar con ellos, se convierte en un hombre político, entendiendo “política”, en su sentido griego originario, como espacio de aparición que surge allí donde una pluralidad de seres libres e iguales son capaces de compartir palabras y acciones. La acción o praxis, es la única actividad que se da entre los hombres sin que intervengan cosas o materia. Además, estas tres condiciones y estas tres actividades están atravesadas por una condición más general: la natalidad y la mortalidad.

Arendt analiza cómo estas tres actividades (labor, trabajo y acción) cobran distinta relevancia a través del tiempo. En la antigua Grecia, sostiene, se valora la acción pública de los hombres libres, mientras que la labor y el trabajo quedan reducidos al ámbito privado de lo doméstico y familiar. La distinción entre lo público y lo privado marca dos tipos de mentalidades diferentes. En la esfera

¹ Arendt, Hannah, *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 18

privada impera una mentalidad basada en la especulación de medios y fines, es más, esta categoría de medios y fines deriva su legitimidad de la fabricación, donde hay un fin, el producto final, que determina y organiza todo el proceso de producción. Así, el material, las herramientas e, incluso, las personas que participan de dicho proceso se convierten en meros medios en relación a un fin.² Por eso, ante la insignificancia de la vida del animal laborans –que sólo busca satisfacer sus necesidades vitales–, y la del homo faber –cuya mentalidad es netamente utilitaria–, la solución griega es la fundación de la polis que, como un segundo nacimiento, le permite a los ciudadanos ganar “fama inmortal” mediante la acción y el discurso, que sólo son posibles en el espacio público del ágora.³

Analizando el planteo de Arendt podemos conjeturar que el arte, en la antigüedad, se encuentra en una posición tensa, ya que tiene un pie puesto en el trabajo y otro en la acción. Dependiendo desde donde se lo mire es cómo será valorado. Mientras que esa mirada sea desinteresada, comparte con los hombres de acción el amor por lo bello; sin embargo, cuando se hace foco en los productores de las obras de arte, en los artistas, la mirada es de desconfianza. ¿Por qué? Porque los artistas y artesanos son considerados “fabricantes”, es decir que tienen una mentalidad utilitaria. Y nadie con este tipo de pensamiento es apto para la acción, ya que ésta pretende ser un fin en sí mismo sin responder a necesidad alguna.

Para Arendt, en la Época Moderna –período que comienza en el siglo XVII y culmina a comienzos del siglo XX en Europa occidental–, la distinción que se da en la antigüedad entre “lo público” y “lo privado” se diluye con el auge de “lo social” –que rigurosamente hablando no es ni público ni privado.⁴ Debido al enorme enriquecimiento de la esfera privada, ahora propiedad privada y riqueza son prácticamente sinónimos. Pero los ricos propietarios, en lugar de exigir el acceso a la esfera pública, como en la antigüedad, reclaman protección para resguardar su propiedad privada, su capital

² Cfr. Arendt, Hannah. *Between past and future. Six Exercises in Political Thought*. New York, The Viking Press, 1961, pp. 215-216

³ Cfr. *La condición humana*, op. cit., p. 219

⁴ Cfr. *La condición humana*, op. cit., p. 41

y, así, poder acumular más riqueza.⁵ Esto no hace más que acrecentar el consumo, de lo que resulta que, en la sociedad, la labor no se circunscribe sólo al ámbito familiar, sino que devora las otras dos actividades (trabajo y acción). Así, la sociedad, vigorizada por el puro número, funciona como si fuese una gran familia, donde los individuos actúan bajo una sola opinión e interés, como si fuesen todos iguales. Pero esta igualdad social es ficticia, si la comparamos con la polis griega, porque no es igualdad entre pares.⁶ La igualdad moderna, según Arendt, se basa en el conformismo, donde la conducta reemplaza a la acción.⁷ Por eso, si en la antigüedad se valora lo individual, en la modernidad, la sociedad pretende unificar y normalizar, siguiendo ciertos modelos de conducta. Y todos aquellos que se apartan de la norma son, por lo tanto, anormales o asociales.⁸

Para nuestra pensadora, la desvalorización de la acción tiene su raíz en la ciencia económica y, por eso, critica el economicismo moderno, tanto en su versión marxista (Marx y Engels) como en su versión liberal (Locke y Smith), ya que ellos consideran que las relaciones sociales básicas son relaciones económicas.⁹ Por consiguiente, la política, entendida por Arendt como acción o praxis, pierde su carácter distintivo y pasa a ser entendida como producción, como fabricación, como trabajo, y éste, a su vez, acaba siendo subsumido a la labor, al consumo. Tal inversión jerárquica se debe, según Arendt, a que los primeros teóricos modernos de la “Economía Política” no distinguen correctamente entre los conceptos de trabajo y labor. Estos autores no hacen más que reflejar la tendencia dominante de su época: “la victoria del animal laborans”,¹⁰ esto

⁵ Cfr. *La condición humana*, op. cit., p. 73

⁶ Cfr. *La condición humana*, op. cit., p. 51

⁷ Cfr. *La condición humana*, op. cit., p. 52

⁸ Cfr. *La condición humana*, op. cit., p. 53

⁹ Relaciones de intercambio mercantil, a la manera liberal, o relaciones de división y coordinación del trabajo, a la manera marxista). Bajo estos puntos de vista, la política queda como una actividad derivada y subsidiaria de la economía (destinada a proteger la propiedad privada y del libre mercado) o incluso como una actividad directamente económica (destinada a fomentar la riqueza nacional y su distribución equitativa entre todos los miembros del cuerpo social).

¹⁰ Cfr. *La condición humana*, op. cit., pp. 344-349

es, la formación de una “sociedad de consumidores”,¹¹ en donde el mero sustento de la vida se convierte en el bien supremo, en donde la política ya no es pensada como el ejercicio en común de la libertad de cada uno, sino como la administración técnica de las necesidades vitales colectivas, y donde la esfera pública es invadida por “actividades privadas abiertamente manifestadas”,¹² es decir, por la llamada cultura de masas.¹³

En una obra posterior, *Entre el pasado y el futuro*, Arendt escribe un artículo especialmente dedicado a la cultura: “La crisis en la cultura. Su significado social y político”.¹⁴ Aquí, la autora retoma específicamente el tema de la “cultura de masas”, entendiendo por ella la cultura derivada de la “sociedad de masas”.¹⁵ Pero si bien la sociedad de masas y la cultura de masas son fenómenos interrelacionados, no es la “masa” –el puro número– el común denominador, sino la sociedad –en la cual la masa se incorpora.¹⁶ Sociedad y sociedad de masas son, por lo pronto, expresiones modernas. Y Arendt va a analizar el desarrollo de la cultura en estas sociedades y su relación con la política.¹⁷

Cabe aclarar que los términos “cultura” y “arte” son usados casi como si fueran sinónimos y aunque Arendt es consciente de que no lo son, sin embargo, considera que cualquier discusión sobre la cultura debe tomar como punto de partida el fenómeno del arte,¹⁸ ya que el arte tiene la capacidad de reflejar la sociedad en la está inmerso. Hecha esta salvedad podemos adentrarnos a hablar de arte.

Como habíamos dicho anteriormente, las obras de arte son una categoría especial de productos que el homo faber crea. A diferencia de los objetos de uso, que son transitorios, las obras de arte tienden a la inmortalidad potencial; también, mientras los objetos

¹¹ Cfr. *La condición humana*, op. cit., pp.135-136

¹² Cfr. *La condición humana*, op. cit., p. 140

¹³ Cfr. *La condición humana*, op. cit., p. 57

¹⁴ Arendt, Hannah. *Between past and future. Six Exercises in Political Thought*. New York, The Viking Press, 1961

¹⁵ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p.197

¹⁶ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 200

¹⁷ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 211

¹⁸ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 210

de uso deben cumplir alguna función, de las obras de arte no se espera que cumplan función alguna. En este sentido, en la modernidad, a diferencia de lo que ocurría en la Edad Antigua, los artistas son considerados “auténticos” productores de aquellos objetos que cada civilización deja tras de sí, como testimonio perdurable del espíritu que la animó,¹⁹ siempre que, claro, su crear sea libre y desinteresado.

En la Edad Moderna, Arendt distingue dos momentos: uno que se da a fines del siglo XVIII, cuando la sociedad se concentra en una “pequeña burguesía”, cuya mentalidad considera todo en términos de utilidad inmediata y para la cual sólo tiene valor lo material. Para esta burguesía, las obras de arte y cualquier manifestación artística carecen de valor por considerarlas inútiles.²⁰ Un segundo momento, que acaba en la sociedad de masas, se da cuando este tipo de filisteísmo, “inculto” y corriente, es reemplazado por otro que, por el contrario, está demasiado interesado en la “cultura” y la monopoliza para sus propios fines, a saber: status y posición social. Pero los “nuevos ricos” –que disponen de tiempo libre, porque se han liberado del trabajo físicamente agotador–, no sólo están ávidos de “cultura” para perfeccionarse sino, también, para alejarse de sus orígenes u ocultarlos.²¹ Es así que la misma palabra “cultura” se vuelve sospechosa, porque mientras dé lo mismo que una obra de arte sirva tanto para educarse como para ocultar un agujero en la pared, en ambos casos, la obra de arte se utiliza como medio para otros fines. Los mismos artistas se dan cuenta de esta situación y comienzan a criticar esta sociedad y esta cultura filisteísta, incluso antes de que la sociedad se transforme en sociedad de masas.²²

Cuando la sociedad crece en número, la mentalidad sigue siendo la misma, sólo que cambia la finalidad. Ya no se trata, dice Arendt, de ascender en la sociedad sino de entretenerla. La cultura se devalúa a tal extremo que se transforma en puro entretenimiento. Y los productos del entretenimiento, como cualquier otro bien de

¹⁹ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 201

²⁰ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 201

²¹ Cfr. *Between past and future*, op. cit., pp. 201-202

²² Cfr. *Between past and future*, op. cit., pp. 202-203

consumo, sólo sirven para pasar el rato, para llenar un vacío, y tienden a ser consumidos rápidamente. Esto se parece a la actividad del animal laborans, en donde el hombre devora dichos productos para satisfacer una necesidad, en este caso, vital-social.²³ Arendt habla de “pan y circo”²⁴ para ejemplificar esta doble relación del animal laborans con el alimento del alma y del espíritu (burgués).

Los consumidores tienen un apetito descomunal por la novedad, por eso, sostiene Arendt, cuando a la industria del entretenimiento se le acaban las mercancías echa mano a la cultura pasada y presente. Lamentablemente, esto no significa que la cultura se extienda a las masas, sino que está siendo destruida ya que los objetos culturales no pueden ser ofrecidos tal como son, sino que deben transformarse para ser entretenidos y fáciles de consumir.²⁵ Así, la cultura de masas surge cuando la sociedad se apodera de los bienes culturales y los devora, no sin antes haberlos rumiado, masticado una y otra vez, para digerirlos y assimilarlos. Mientras que en la vida biológica este proceso termina en la eliminación, en la vida social, los objetos culturales no desaparecen sino que acaban en la decadencia.²⁶

Para evitar la decadencia del arte, Arendt retoma el modelo antiguo que guiaba a la praxis en la polis: su mirar desinteresado y su falta de necesidad. Para valorar una obra de arte en sí misma, sostiene, hay que tomar cierta distancia entre nosotros y el objeto y esto sólo ocurre en la medida en que nos olvidemos de nosotros mismos, de las preocupaciones, los intereses y las urgencias de la vida. Se trata de una actitud desinteresada, también al estilo kantiano, en la que el hombre sólo después de haberse liberado de las necesidades de la vida puede ser libre para el mundo. Y sólo cuando las necesidades están satisfechas, enfatiza Arendt, podemos hablar de cultura.²⁷

Para Arendt, en las primeras etapas de la sociedad, si bien sus miembros son libres de las necesidades vitales, no lo son de las

²³ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 205

²⁴ Cfr. *Between past and future*, op. cit., pp. 206-207

²⁵ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 207

²⁶ Cfr. *Between past and future*, op. cit., pp. 207-208

²⁷ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 210

preocupaciones que tienen en relación al status y la posición social o a las reflexiones sobre su ser individual. Pero en la sociedad de masas el problema es más grave, no por las masas mismas, sino porque esta sociedad de consumidores ya no usa el tiempo de ocio para perfeccionarse y, así, adquirir más status, sino para acrecentar el consumo y el entretenimiento. El resultado de esto, sostiene Arendt, no es la cultura de masas –que estrictamente hablando no existe–, sino el “entretenimiento de masas” alimentado por los objetos culturales que han mutado hasta convertirse en objetos de entretenimiento. Esto se debe, según Arendt, a que la sociedad no es capaz de cuidar las obras de arte como tales porque su actitud hacia los objetos es siempre una actitud consumista.²⁸

Esta actitud, hoy en día, también aplica a la política. En la actualidad, somos propensos a creer que quienes participan en política o en los asuntos públicos son proclives a tener una mentalidad utilitaria. Para Arendt una de las posibles razones de este cambio de énfasis se debe a que la mentalidad fabril invade la esfera política a tal punto que damos por sentado que la acción, incluso más que la producción, está determinada por la categoría de medios y fines.²⁹ Es así que los artistas deben sentir ante la política la misma desconfianza que antes ésta tenía hacia ellos. Se conserva, así, aunque de manera inversa, un conflicto permanente entre arte y política que, para Arendt, no puede ni debe resolverse.³⁰

No hay que olvidar que, para Arendt, el lugar de privilegio lo tiene la acción, la política. Eso lo deja muy en claro en *La condición humana*. Sin embargo, también le reconoce al arte un papel importante en tanto que le aporta a la acción y al discurso belleza, que no es un asunto menor, ya que sin belleza o gloria –que es lo que hace que las acciones y discursos cobren un dejo de inmortalidad–, éstos pasarían por el mundo sin dejar rastro.³¹ Pero aunque éste sea un papel muy importante, sin embargo, el arte así concebido no deja de tener un carácter secundario. En *La crisis en*

²⁸ Cfr. *Between past and future*, op. cit., pp. 210-211

²⁹ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 217

³⁰ Cfr. *Between past and future*, op. cit., pp. 217-218

³¹ Cfr. *La condición humana*, op. cit., p. 191

la cultura, Arendt jamás se contradice con respecto a esta idea,³² sin embargo, al analizar en mayor profundidad la relación del arte con la política, le otorga a aquél un lugar mucho más protagónico. En esta obra, Arendt observa cómo en la modernidad se repite, de alguna manera, la antigua posición dual del arte en relación con las esferas privada y pública: los artistas crean en privado,³³ mientras sus producciones, las obras de arte, sólo cobran sentido en público. Hasta aquí, nada parece haber cambiado en la interpretación arendtiana. Pero como ese espacio del que habla Arendt es, además, el espacio de aparición donde también tienen lugar la acción y el discurso,³⁴ el arte cobra, de alguna manera, un papel casi tan importante como ellos para la sociedad. ¿En qué sentido? En que, a diferencia de lo que pasaba en la antigüedad, ahora se valora y se espera que los artistas sean libres para expresarse, incluso cuando lo hagan en contra de la sociedad y/o de la política.³⁵ Es decir que a través de sus obras, los artistas, voluntaria o involuntariamente, sacan a la luz sus pensamientos y reflejan la situación que los atraviesa. El arte, cuando adopta esta actitud voluntariamente, deja un poco de lado su carácter pasivo-contemplativo para tomar una posición activa y se torna a sí mismo, de alguna manera, político. Pero sin llegar a ello, ya que no se espera que el arte cumpla ninguna función, aunque sea de denuncia, si no perdería su esencia, el arte también “habla”. En cualquiera de sus manifestaciones, el arte tiene mucho que decir.

Lo irresoluble del conflicto entre arte y política al que se refería Arendt consiste, según mi opinión, en que cada uno de los dos debe cuidar su lugar y seguir siendo un fin en sí mismo y no transformarse en medio para un fin distinto de sí. En el caso del arte, conseguir status o entretener o, yendo aún más lejos (y no tanto, desgraciadamente) ponerse al servicio de políticas totalitarias. Si la acción no debe perder su libertad, el arte tampoco. Ninguno de

³² Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 218

³³ El arte contemporáneo va a romper con varias reglas, una de ellas es el acto creativo privado y solitario. No en todos los casos, obviamente.

³⁴ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 219

³⁵ Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 218

los dos, dice Arendt, debe perder la capacidad de juzgar y de decidir sobre los asuntos públicos y el tipo de acción que se debe tomar.³⁶

Al comienzo habíamos mencionado que Arendt, en *La condición humana*, relaciona las tres actividades –labor, trabajo y acción– con el nacimiento o natalidad. La labor no sólo asegura la vida de cada individuo, sino la de toda la especie; en el trabajo, el producto artificial, creado por el hombre, le da a la condición humana un carácter de permanencia y durabilidad que logra trascender la vida mortal; la acción, en tanto se compromete en establecer y preservar los cuerpos políticos, crea la condición para el recuerdo y, con ello, para la historia. De las tres actividades, la acción es, para Arendt, la más relacionada con la natalidad, porque “el recién llegado, sostiene, posee la capacidad de empezar algo nuevo, es decir, de actuar.”³⁷ Pero no sólo la acción, como vimos, goza en exclusiva de este privilegio. Dentro de la esfera pública –que es la esfera de aparición, la de todos y en la que todos deberíamos tener derecho a ser libres–, somos seres para la vida, para generar, para crear y para añadir algo propio al mundo. Y el arte sabe mucho de eso.

³⁶ Cfr. *Between past and future*, op. cit., pp. 222-223

³⁷ Cfr. *La condición humana*, op. cit., p. 23. Cfr. *Between past and future*, op. cit., p. 218